

3 de enero

2º Domingo después de Navidad

Eclo 24,1-4. 8-12 / Sal 147 / Ef 1,3-6. 15-18 / Jn 1, 1-18

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz.

El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado

por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

(Juan 1, 1-18)

1. Desde la Palabra de Dios

El prólogo al Evangelio de Juan, que ya proclamábamos en la misa del día de Navidad, era un himno que algún cristiano anónimo había compuesto y que la comunidad joánica incorpora a su evangelio como expresión de la fe de los primeros tiempos del cristianismo. Creemos en Jesucristo, Palabra eterna de Dios. Reconoce el autor que por esta Palabra —por este Verbo en la nueva traducción litúrgica— fueron creados todos los seres.

Este Jesús, que nace en Belén en pobreza y en silencio, es la misma Palabra eterna pronunciada desde siempre en la intimidad de Dios.

Éste Infante es la Palabra, la expresión definitiva y total de Dios. En este Infante (“infante” significa que no puede hablar) está la plenitud de la comunicación de Dios a la humanidad. Todo lo ha expresado el Padre por medio de la Palabra encarnada.

Jesús es la única y definitiva Palabra que el Padre nos ha transmitido. Por la Palabra fueron hechos todos los seres. Por esta Palabra, hecha carne, se va a realizar la nueva creación, la nueva y eterna Alianza, con el Hombre nuevo, en el nuevo Pueblo de Dios. Esta Palabra es la definitiva. No dirá Dios otra Palabra que no sea Jesús, nacido de María Virgen.

Para los creyentes, no hay otra norma de vida que la Palabra que es Jesús. Viéndole a Él, tendremos

la respuesta a nuestras preguntas. Contemplando su conducta, sabremos cómo tenemos que comportarnos. Su entrega hasta darlo todo por amor es la ley suprema de su estilo de vida.

La Palabra, por medio de la cual, fueron creados todos los seres, en estos últimos tiempos de la historia, es la que está re-creando todas las cosas, para ir gestando los cielos nuevos y la tierra nueva, donde reine la justicia (2 Pe 3, 13). Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud (Jn 10, 10).

Jesús es el perfecto Revelador del Padre. Y lo hace desde nuestra realidad humana. En sus palabras, signos, gestos, conducta. Jesús se hace visible. Y se mete en lo más hondo de nuestra pobreza y limitación. No viene como Mesías poderoso, milagrero. Llega como Niño desvalidos, desprotegido, desconocido.

Este es el gran misterio de la nueva creación. Dios, al crear los seres, también creó al ser humano. En aquel tiempo, el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre fue un ser viviente (Gn 2, 7).

En los tiempos definitivos, Dios se hace carne y cuerpo humanos. Ya, podemos decir, Dios se re-crea a imagen y semejanza del hombre. Para vivir en total cercanía y sintonía con el hombre, necesitado, tentado, difamado, escarnecido y asesinado. Jesús viene para manifestar la gloria de Dios en la pequeñez de su condición humana.

Buscamos a Dios en los cielos, en los templos, en los prodigios. Pero, Dios aparece en lugares donde la religión no le busca. Sólo la fe puede captar toda la grandeza de un Dios, humanizado y empobrecido, despojado de su grandeza, junto a

una mujer y a un hombre sencillos campesinos, manifestándose a unos olvidados pastores.

Así, en Jesús, bebé e infante mudo, habitó entre nosotros (Jn 1, 14). Se nos ha manifestado la gloria de Dios, la gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14). Para hacer que el hombre tenga vida en abundancia. Y para llevar a cabo el proyecto de Dios: salvar a todos los humanos.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

¡Un hermoso domingo nos regala el nuevo año!

¡Hermoso día!

Dice san Juan en el Evangelio que leímos hoy: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió... El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre» (1, 4-5.9). Los hombres hablan mucho de la luz, pero a menudo prefieren la tranquilidad engañadora de la oscuridad. Nosotros hablamos mucho de la paz, pero con frecuencia recurrimos a la guerra o elegimos el silencio cómplice, o bien no hacemos nada en concreto para construir la paz. En efecto, dice san Juan que «vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11); porque «este es el juicio: que la luz —Jesús— vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras» (Jn 3, 19-20). Así dice san Juan en el Evangelio. El corazón del hombre puede rechazar la luz y preferir las tinieblas, porque la luz revela sus obras malvadas. Quien obra el mal, odia la luz. Quien obra el mal, odia la paz.

(...) La paz no es sólo ausencia de guerra, sino una condición general en la cual la persona humana está en armonía consigo misma, en armonía con la naturaleza y en armonía con los demás. Esto es la paz. Sin embargo, hacer callar las armas y apagar los focos de guerra sigue siendo la condición inevitable para dar comienzo a un camino que conduce a alcanzar la paz en sus diferentes aspectos. Pienso en los conflictos que aún ensangrientan demasiadas zonas del planeta, en las tensiones en las familias y en las comunidades —¡en cuántas familias, en cuántas comunidades, incluso parroquiales, existe la guerra!—, así como en los contrastes encendidos en nuestras ciudades y en nuestros países entre grupos de diversas extracciones culturales, étnicas y religiosas. Tenemos que convencernos, no obstante toda apariencia contraria, que la concordia es siempre posible, a todo nivel y en toda situación. No hay futuro sin propósitos y proyectos de paz. No hay futuro sin paz.

Dios, en el Antiguo Testamento, hizo una promesa. El profeta Isaías decía: «De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra» (Is 2, 4). ¡Es hermoso! La paz está anunciada, como don especial de Dios, en el nacimiento del Redentor: «En la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14). Ese don requiere ser implorado incesantemente en la oración. Recordemos, aquí en la plaza, ese cartel: «En la base de la paz está la oración». Este don se debe implorar y se debe acoger cada día con empeño, en las situaciones en las que nos encontramos. En los albores de este nuevo año, estamos todos llamados a volver a encender en el

corazón un impulso de esperanza, que debe traducirse en obras de paz concretas. «¿Tú no te llevas bien con esta persona? ¡Haz las paces!»; «¿En tu casa? ¡Haz las paces!»; «¿En tu comunidad? ¡Haz las paces!»; «¿En tu trabajo? ¡Haz las paces!». Obras de paz, de reconciliación y de fraternidad. Cada uno de nosotros debe realizar gestos de fraternidad hacia el prójimo, especialmente con quienes son probados por tensiones familiares o por altercados de diversos tipos. Estos pequeños gestos tienen mucho valor: pueden ser semillas que dan esperanza, pueden abrir caminos y perspectivas de paz.

Invoquemos ahora a María, Reina de la Paz. Ella, durante su vida terrena, conoció no pocas dificultades, relacionadas con la fatiga cotidiana de la existencia. Pero no perdió nunca la paz del corazón, fruto del abandono confiado a la misericordia de Dios. A María, nuestra Madre de ternura, le pedimos que indique al mundo entero la senda segura del amor y de la paz.

Papa Francisco. Ángelus 04/01/2015

3. Desde el fondo del alma

Creo, Jesús, que Tú, Hijo único del Padre,
te encarnaste, por obra del Espíritu Santo,
en las entrañas de María...

Comparto con toda la Iglesia
la alegría de la salvación
que, con este misterio, nos envuelve

Creo que Tú has asumido
los rasgos del ser humano
para que yo pueda grabar en mí corazón
los rasgos del tuyo:
la misericordia, la humildad, la bondad...

Para que cuantos me rodean
puedan descubrir en mí signos de tu presencia.

Quiero proclamar siempre tu amor
y testimoniar con mi palabra y con mis gestos
que tu imagen es para mí sagrada...

Que nunca me avergüence
de llevar y mostrar tu imagen,
de venerar tu imagen,
que me recuerda tu presencia en mí,
en mi casa, en mi trabajo, en mi habitación...

Deseo, sobre todo,
SER yo misma imagen tuya...
Es mucho presumir,
pero mi confianza alcanza
a pedirte esa gracia que sólo Tú puedes darme.

Amén.